

sumario

Editorial	3
Orígenes de la cocina canaria	4
La religión en la cultura prehistórica de las islas Canarias	8
Una excursión por Gran Canaria: el turismo inglés en 1893, según Julio Verne	14
Espacios naturales de Gran Canaria	17
Guía de los volcanes de Gran Canaria (1)	19
Historia de una isla: la construcción	19
Actividades culturales de la Caja de Canarias	26
Don Juan Francisco García González, presidente de "Servicios Informáticos de Cajas de Ahorros, S.A."	29
Noticias de la Caja	30
Aportación a la imaginería flamenca en Canarias	31
La fotografía como forma de arte	34
La lucha del garrote	36

Portada:

El Roque Bentayga, síntesis de la historia volcánica y de las fuerzas erosivas, es un elemento representativo de la evolución de Gran Canaria. Foto: Eliu.

Los artículos publicados en AGUAYRO expresan sólo y exclusivamente la opinión de sus autores.

Recibimos muy complacidos las comunicaciones y sugerencias de nuestros lectores, pero no nos es posible sostener correspondencia sobre las mismas.

aguayro

Empresa Editora:

 CAJA INSULAR DE AHORROS DE CANARIAS

Triana, 110
Las Palmas de Gran Canaria

Impreso en:
IMPRENTA PÉREZ GALDÓS
Urb. Cebadal - Vial II. Núm. 35
Tlf. 22 24 87 - Las Palmas de G.C.

Año XVIII - Núm. 175
Enero - Febrero 1988
ISSN - 0212-5021
Dep. Legal G.C. 82-1970

Director: Alfredo Herrera Piqué

Editorial



RAZÓN Y ESTÉTICA EN LA CIUDAD

Cuando uno viaja a una ciudad que no conoce la visita se convierte en una búsqueda de escenarios singulares, de perspectivas bellas, de símbolos de la historia de esa comunidad, de ambientes ciudadanos peculiares y de rincones expresivos de un paisaje urbano coherente. Este es, en general, el objetivo que uno pretende cumplir cuando se adentra en el entramado urbano de cualquier ciudad de la vieja Europa. A pesar de las arremetidas especuladoras de la modernidad y de las destrucciones de las guerras, estas villas del continente conservan un equilibrio entre la estética y la función urbana, entre el uso del espacio y lo que algunos llaman **cultura urbana**.

Siempre se dijo que la cultura actual, la de los últimos cinco mil años, nació al abrigo del fenómeno urbano. En la urbe se desarrollaron el alfabeto, la organización administrativa, el sistema de intercambios mercantiles, etcétera. La ciudad es el centro de producción y comercio, el eje del sistema productivo. Sin embargo, la ciudad actual —o determinadas formas de aglomeración urbana— tiende a generar visibles fenómenos de aculturación. En el contexto urbano se produce hoy un proceso de carácter esquizoide en el que los fenómenos degenerativos relevan a los elementos creadores y comunicativos.

El escenario de la ciudad es un repertorio de símbolos que reflejan o subliman el poder imperante. Esto lo percibió la iglesia medieval cuando construyó las catedrales góticas y lo reafirmaron los papas con la magnificencia de San Pedro y el mecenazgo a los artistas. Fue este un objetivo del **duce** de Venecia, del señor de Florencia, de los reyes de Francia o de los monarcas prusianos. La ciudad barroca europea fue una expresión de ese arte total alentado por los detentadores del poder. «El período que se extiende hacia 1700 es uno de los más grandes en arquitectura y no sólo en ella —ha escrito Gombrich. Ciudades enteras eran empleadas como escenarios, extensiones de terrenos se convertían en jardines; a los artistas se les dejaba rienda suelta para que hicieran planos siguiendo su sentir y para trasladar sus más insólitas visiones a la piedra y al estuco dorado». La voluntad estética —sean cuales fueren los objetivos políticos subyacentes— produjo un medio urbano hermoso y coherente. El arte se sitúa en la calle, a la vista de todos. Se formuló una belleza arquitectónica y escultórica para el goce y el uso de una estricta minoría. Pero los cambios sociales, al paso del tiempo, lograron la utopía de que ese arte urbano formara parte del escenario comunicativo del conjunto de la población.

Frente a una concepción del arte en la que la pintura o la escultura se adquieren como mercancías para refrendar la posición social, hay que afirmar la función pública de la obra artística o artesanal. El arte en la calle y el enriquecimiento estético de la sensibilidad colectiva han de ser propuestas de la sociedad de hoy y postulado de la moral democrática.

En nuestro medio la monotonía y el componente repetitivo son denominador común en el contexto urbano. Tan sólo la iconografía de los antiguos centros históricos es un contraste evidente, como reducto de la habilidad artesanal al servicio de una estética historicista de segundo orden. Frente a esta obsesiva aculturación de la urbe, hay que plantearse la utopía: el realismo de una estética al servicio de los ciudadanos. Programar la rehabilitación estética de la ciudad. Y ejercer, sobre este planteamiento global, una tarea de planificación y de mecenazgo en la participación de artistas y artesanos.

La estética como ejercicio de sensibilidad y la razón como forma de jerarquización de las exigencias sociales han de impregnar el sentido de la ciudad de hoy. Conseguir que los avances técnicos, las experiencias en organización social y los instrumentos de comunación sean puestos al servicio de ese mundo integrador que debe de ser el asentamiento urbano. Resucitar el agora como forma de racionalizar las relaciones sociales y pugnar para que esta segunda naturaleza que es la ciudad sea un templo permanente a los ideales estéticos.